



# THE EPISCOPAL DIOCESE OF VIRGINIA

Miqueas 4:1-5

Mateo 5:43-48

## **En el Nombre de Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo:**

“Venid y subamos al monte del SEÑOR, a la casa del Dios de Jacob, para que Él nos instruya en sus caminos, y nosotros andemos en sus sendas”. Así proclama el profeta Miqueas que dirán todos los que vengan y se presenten ante la gracia y la gloria de Dios. Y así sea para nosotros en este día.

Buenas noches, queridos amigos de la Diócesis de Virginia. Antes de comenzar mi discurso, me gustaría aprovechar esta oportunidad para dar las gracias a todos los que han sido tan amables conmigo tras la muerte de mi esposa, Joy, de la cual ayer por la mañana hizo una semana. Las plegarias que sé que están ofreciendo por ella, por mi familia y por mí me han brindado un profundo consuelo y fortaleza. Joy era una persona maravillosa, sin la cual yo no sería quien soy. Ella ha sido el amor de mi vida. Nunca dio lugar a ninguna de mis tonterías, me ayudó a profundizar en mi fe y me enseñó a amar, a amar de verdad. Lamento mucho que la mayoría de los presentes no hayan tenido la oportunidad de conocerla, ya que a ella le habría encantado estar con ustedes y habría sido una esposa de obispo estupenda. Les habría alegrado mucho más verla a ella el domingo que verme a mí.

Por ahora, sin embargo, me consuela saber que su batalla ha terminado, que su mente se ha liberado de la prisión en la que se encontraba y que -en la plenitud del tiempo que es la providencia de Dios- es plenamente consciente de todas las cosas, especialmente de que es amada.

Sé que muchos están preocupados por mí, y la verdad es que estoy bien. Las notas y mensajes de apoyo me han conmovido profundamente. Pero si no reacciono realmente bien a algo en los próximos días, les pido que entiendan que no es mi intención. Simplemente tengo momentos de vez cuando pierdo la prudencia y digo lo que me viene a la mente. Y de nuevo, gracias por cuidar de mí durante todo este proceso.

Me alegro mucho de estar aquí con todos vosotros, cantando y rezando en este lugar sagrado. Esta va a ser una Convención maravillosa y vivificante. Espero con impaciencia nuestras conversaciones con el Espíritu de Dios a nuestras espaldas y en nuestros corazones.

Estoy muy agradecido a tantas personas y grupos que han trabajado durante largas y duras horas para sacar esto adelante. No me quiero arriesgar a dar nombres, pero no quiero dejar de mencionar a algunas personas. Tenemos una deuda de gratitud con los voluntarios que nos han mantenido y nos mantendrán organizados durante estos días; con el personal diocesano, que ha trabajado más horas en este evento de las que ninguno de nosotros sabrá jamás; con el Comité Diocesano de Liturgia y Música que ha elaborado experiencias de culto que nos cimentarán en nuestro trabajo; con la gente de St. George's por su hospitalidad y acogida; con quienes dirigirán los talleres; con los diferentes obispos que se han unido a

nosotros; y con quienes ofrecen exposiciones en nuestra feria ministerial. A todos ellos, y a tantos otros, les doy las gracias.

También quiero dar las gracias especialmente a tres personas. (Y aquí es donde me meto en un lío, porque hay muchas personas a las que podría y debería nombrar para agradecerles. Pero, ahí va...). En primer lugar, no creerían lo duro que trabaja Nerissa Crockett para hacer realidad esta Convención cada año. Nerissa forma parte del personal del obispo y es una maravilla cuando se le presenta un proyecto. Es amable y paciente, y tiene un sentido del humor mordaz. Incluso cuando los altibajos de su vida pueden ser más complicados que de costumbre, Nerissa aparece, y nos bendice a todos con su presencia.

En segundo lugar, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a mi Jefe de Gabinete y Secretario de esta Convención, Mark Eastham. Mark siempre se muestra paciente y comprensivo cuando entro en su despacho, o le llamo por teléfono, y pronuncio la frase: "He estado pensando"... Que suele significar más trabajo para él. Día a día, Mark consigue organizar lo inorganizable, siempre con una sonrisa. Puedo garantizar que todo lo que salga bien este fin de semana será en gran parte gracias a él.

Y en tercer lugar, quiero dar las gracias al Obispo Ted Gulick por su cuidado pastoral, su cuidado a través de esta diócesis, sí, pero aún más por la forma en que se ha encargado de mí personalmente. Quizás no lo sepan, pero ser obispo en esta Iglesia puede presentar algunos retos interesantes, y no hay mucha gente con la que podamos tener conversaciones completas y abiertas y que entiendan realmente lo que estamos pasando. El obispo Gulick ha sido un regalo de Dios para mí en este sentido. Sus orientaciones, tanto profesionales como personales, siempre logran poner en orden mi mente, mi corazón y mi alma. Si creen que estoy haciendo algo bien como su obispo, les animo a que le den las gracias por haber hecho que así sea.

Como seguramente muchos de ustedes ya saben, soy un apasionado incondicional de los Chicago Cubs desde siempre. Intento peregrinar al Wrigley Field cada temporada, y este año lo hice a principios de agosto. Era un día precioso, con un partido por la tarde (béisbol como Dios manda: sin luces y sobre hierba de verdad), y mis amigos y yo llegamos al estadio un par de horas antes del primer lanzamiento.

En el exterior de Wrigley hay una zona, a la que sólo puede acceder la gente que ha comprado una entrada para el partido, donde se puede escuchar música en directo, disfrutar de un trago, visitar los monumentos de los legendarios jugadores de los Cubs y, en general, disfrutar de la excitación que genera uno de los mayores regalos que Dios ha hecho a la humanidad: un partido de béisbol.

En fin, mis amigos y yo compramos unos tragos y nos sentamos en una mesa cerca del grupo. Entre nuestro asiento y el escenario había un área con chorros de agua - tal vez hayan visto algo así en otro lugar - un espacio embaldosado, de unos 3 por 6 metros, con agujeros perforados en lugares al azar, por los cuales el agua brotaba a alturas de uno a uno y medio metros a intervalos irregulares. Es divertido verlo e intentar adivinar cuál será el próximo chorro.

Poco después de sentarnos, un niño de unos tres o cuatro años salió corriendo a este campo desconocido y, entre risas y alegría, empezó a perseguir los chorros de agua, saltando sobre cada uno de ellos y empapándose a conciencia. Y cuando atrapaba uno, su risa era cada vez más fuerte y su corazón estallaba de alegría.

No tardaron en unirse otros niños, la mayoría de su edad, pero algunos un poco mayores. Era fascinante observar las distintas personalidades que interactuaban con este juego que no era un juego.

Una niña intentó poner el pie sobre los agujeros para impedir que saliera el agua. El problema era que no tenía la paciencia suficiente para permanecer sobre un agujero el tiempo necesario: cada vez que se rendía con un caño que no salía y pasaba a otro, el que acababa de abandonar estallaba y ella se agarraba el pelo y gritaba.

Otro niño ponía su botella de agua en los agujeros y esperaba a que el agua la lanzara por los aires.

Otro niño claramente no quería mojarse -ni siquiera jugar a este juego- pero su hermano mayor no paraba de burlarse de él por ser un gallina, así que hizo lo que pudo y corrió esperando que nadie viera lo desgraciado que se sentía.

Y una niña cogió la mano de otra y bailó y cantó y bailó un poco más, paseando entre las explosiones de agua como si fueran la fuente de la vida misma.

Y a pesar de todo, aquel primer niño seguía riendo y persiguiendo el futuro, entregándose a la alegría más absoluta cada vez que lo alcanzaba.

Una querida amiga me recordó hace poco que Emily Dickinson escribió que “La esperanza es la cosa con plumas que se posa en el alma y canta la melodía sin las palabras, y nunca se detiene – en absoluto”. La esperanza que describe era la de ese niño aquel día. Esa esperanza es una inspiración para mí incluso hoy en día.

Mi experiencia de aquel acontecimiento fuera de Wrigley Field se ha convertido en una poderosa metáfora para mí, sobre todo al pensar en nuestra vida común como cristianos, y como episcopalianos, en la Diócesis de Virginia.

Ahora bien, me gustaría pensar que todo está tan lleno de alegría como en el caso del chico que perseguía el futuro y disfrutaba del presente, o tan despreocupado como las dos chicas jóvenes que bailaban y cantaban mientras esquivaban obstáculos, sin importarles realmente si esos obstáculos se interponían o no. Pero esa no es la realidad en la que vivimos.

Vivimos ahora en los días inmediatamente posteriores a una de las elecciones nacionales más polémicas de mis 60 años de memoria viva. Estos últimos meses, estos últimos años, han enfrentado a amigos contra amigos y a familiares contra familiares. Las redes sociales se han convertido en un campo de batalla de odio desenfrenado; los medios de comunicación se han vuelto partidistas; y los estados han quedado reducidos a ser conocidos solo como uno de dos colores: azul o rojo.

No podemos anticipar cómo resultarán los eventos en los próximos cuatro años. Sin embargo, les ruego que recuerden -independientemente de a quién hayan votado- que somos de Cristo y amados hijos de Dios. Estamos llamados a ser devotos en la oración, tal como Jesús nos insta hoy en nuestra lectura de San Mateo a “orar por aquellos que nos persiguen, para que podamos ser hijos de nuestro Padre celestial”. Estamos llamados a ser un lugar de seguridad y de salud, y no, como Jesús nos recuerda en otro lugar, a estar ansiosos por las cosas terrenales, porque estar ansiosos no añadirá ni un solo momento a nuestra

vida. Estamos llamados a ser un pueblo de claridad - y claridad ante todo como una comunidad donde todos son valorados, todos son respetados, todos son apreciados.

Sé que son días llenos de preocupaciones, pero Dios sigue siendo real, está presente y nos ama mucho a cada uno de nosotros.

También hay cierta ansiedad en esta diócesis. Lo sé. Uno de esos focos de ansiedad se encuentra en nuestro trabajo por la justicia racial y la verdad y, en particular, en nuestros esfuerzos por financiar un programa de reparaciones. Para muchos, entre los que me incluyo, el trabajo no avanza lo suficientemente rápido. Parece que, como aquella niña que nunca acertaba con los surtidores de agua, siempre vamos un poco por detrás de donde deberíamos o podríamos estar. Rara vez hay suficientes voces de personas de color en la mesa. Nuestros esfuerzos ministeriales siempre están tratando de ponerse al día o de buscar excusas. A menudo hay pasos en falso, palabras equivocadas y pensamientos ingenuos. Y, por supuesto, está la pregunta: “¿Dónde están los \$10 millones de dólares solicitados en la Resolución R10a de 2021 para reparaciones?”.

En cuanto al primer conjunto de cosas, simplemente digo que vamos a seguir en ello. La injusticia no se arraigó profundamente en nuestras estructuras y en nuestra cultura de un día para otro, y de la misma manera, no se erradicará de la noche a la mañana. Cuando cometamos un error, aprenderemos de él. Estamos aprendiendo. Se los prometo.

En cuanto a los \$10 millones, les diré dos cosas: en primer lugar, estamos trabajando en ello diligentemente. Esperaba poder hacer un anuncio importante en esta convención sobre una cantidad sustancial del objetivo, pero las negociaciones son tales que me han dicho que no podré hacerlo. Pero estén atentos.

Pero en segundo lugar, digo esto: hemos permitido que esta directiva de \$10 millones de dólares nos desvíe de nuestro objetivo principal. Ha convertido este trabajo en una transacción en lugar de una transformación. Es una de esas situaciones en las que nos planteamos “si solo hacemos esto, si simplemente recaudamos y gastamos esta cantidad, habremos logrado algo” en vez de “debemos ahondar en nuestros corazones y almas y buscar la redención y el cambio que nos permitirá recaudar \$100 millones de dólares sin esfuerzo para la labor de reparación”.

Esta necesidad, a veces insaciable, de recaudar y gastar \$10 millones de dólares es, en palabras del cantante y compositor Luke Combs, “perseguir al mismo diablo de siempre por la misma carretera sin salida de siempre”, en lugar de, como se dice en el libro del Génesis, “caminar con Dios en el Jardín al fresco del día”.

Encontraremos los \$10 millones de dólares y cumpliremos con la Resolución, pero lo más significativo es que nos acercaremos cada vez más a la comunidad amada que representa el sueño de Dios para el mundo.

Aparte de estos retos y de otros, sin embargo, en estos días se está caminando mucho con Dios; se está caminando mucho con Dios en esta diócesis. Dondequiera que miro, hay danzas, cantos y alegría. En todas partes veo pruebas de lo que yo llamo las Ocho Palabras, el tema de esta Convención y la visión y misión de la Diócesis de Virginia: Amar a Jesús. Encarnar la justicia. Ser discípulos.

Estas Ocho Palabras, y el estilo de vida que enuncian, son el marco en el que se centran los principios rectores de nuestro ministerio común. Más adelante en esta liturgia, vamos a cantar un himno que fue

encargado y escrito especialmente para la Diócesis de Virginia, y está basado en el tema de las Ocho Palabras. Mi agradecimiento al Obispo Gayle Harris por tomar la iniciativa y hacerlo realidad. Mientras cantamos ese himno, los invito a empaparse de su esencia, a seguir su esperanza y a bailar con él con alegría y desenfado. Porque las palabras de este himno se basan en las dos primeras de las Ocho: Amar a Jesús. Eso es lo que somos, por encima de todo.

Más adelante hablaremos de las Ocho Palabras, pero antes quiero destacar algunas de las pruebas de que estamos siendo empapados por este espíritu -como aquel joven embelesado a las puertas del Wrigley Field- y nos deleitamos con él.

Nuestras congregaciones se reúnen, rinden culto y se divierten juntas. Los días oscuros de la pandemia quedan cada vez más atrás, y vemos nueva vida. Estamos bautizando, confirmando y ordenando a un ritmo vertiginoso. La iglesia de St. Peter's en Oak Grove, cuyo edificio se redujo a cenizas a finales del año pasado, está renaciendo de las cenizas, en un sentido tanto literal como figurado. Un extraordinario ejemplo de resurrección que debería servirnos de inspiración.

Y aunque hay innumerables ejemplos de ministerios creativos y revitalizantes en nuestras congregaciones, permítanme destacar solo uno: el de la Parroquia de Cople, que ha recibido una subvención del Fondo Jessie Ball duPont para iniciar una coalición de 14 congregaciones de diversas denominaciones y otros socios comunitarios que brindarán asistencia de emergencia a individuos y familias para calentar sus hogares, pagar su alquiler o hipoteca, cubrir el costo de las recetas médicas y poner gasolina en sus autos para llegar a sus trabajos, escuela y citas médicas. Esto es exactamente lo que Jesús enseña en Mateo 25, y tiene el poder de dar vida. Y no es más que un ejemplo. Congregaciones de todo Virginia están enseñando la fe, viviendo su llamada y cantando melodías de alegría y esperanza, con y sin palabras.

Tenemos mucho que agradecer también por el trabajo que hemos realizado juntos este último año, un trabajo que está sentando las bases de un gran ministerio para los años venideros. Un ejemplo es que la Lilly Endowment nos ha otorgado financiamiento por cinco años para un programa llamado Caminos hacia la Oración y la Práctica, un programa que trabajará en la creación de una hoja de ruta para guiar el compromiso significativo de los niños menores de 10 años en la adoración comunitaria. Lilly nos anima a experimentar, para aprender tanto de nuestros errores como de nuestros éxitos. Es una oportunidad para alcanzar a las nuevas generaciones.

Del mismo modo, hemos iniciado una revisión estratégica plurianual de nuestro ministerio en los campus universitarios. Mientras realizamos este trabajo estratégico, en total colaboración con estudiantes y ministros del campus, podremos hacer juicios sólidos basados en evidencia y avanzar con pasos firmes.

El personal también ha trabajado duro. Seguimos evaluando nuestras estructuras para proporcionar los mejores recursos a esta diócesis. Estamos proporcionando apoyo a las congregaciones para que crezcan en vitalidad; para navegar por las transiciones; para participar en procesos de evaluación de los puntos fuertes y las necesidades; y para crear planes de acción con hitos y plazos que ofrezcan resultados de calidad. Estamos trabajando en red para atraer al mejor clero de la Iglesia Episcopal a Virginia. Hemos creado jornadas de orientación para el nuevo clero y hemos puesto en marcha un nuevo programa llamado Connecting in Ministry (Conectando en el ministerio) para el clero recién ordenado y para aquellos que acaban de llegar a esta diócesis, con el fin de proporcionar formación continua y establecer contactos. Se ha renovado nuestro proceso de discernimiento vocacional. Nuestro Tesorero y el Canónigo

del Ordinario han creado lo que ellos llaman el “Ted and d'Rue roadshow”, una serie de reuniones en todo el estado para proporcionar recursos y mejores prácticas para las congregaciones.

En nuestro trabajo por la justicia racial y la sanación, ya he mencionado nuestro compromiso con el trabajo transformacional y no simplemente transaccional. Con este fin, Lee Hill, nuestro Canónigo para la Justicia Racial y la Sanación, está dirigiendo un trabajo con líderes de nuestra diócesis y de otras diócesis de la Iglesia Episcopal, que indaga en nuestro pasado, confronta nuestro presente y nos convoca a un futuro más justo y honrado.

A principios de año organizamos un desayuno de oración en la capital del estado con los legisladores, y continuamos nuestras conversaciones con los principales líderes de la comunidad en torno a cuestiones de justicia. Se llevó a cabo un estudio diocesano sobre cómo las leyes de Jim Crow afectan a las personas de ascendencia indígena, y un contingente numeroso y geográficamente diverso de nuestra gente participó en una Cumbre sobre Reparaciones en VTS. Este verano, nuestro grupo de jóvenes peregrinos del Triángulo de la Esperanza, ante obstáculos ajenos a nuestro control, decidió reagruparse y organizar una Experiencia de Conexión en Virginia. Allí, más de una docena de jóvenes compartieron con las naciones indígenas de los Mattaponi y los Upper Mattaponi, recorrieron el Sendero de los Esclavos en Richmond y reflexionaron sobre el pasado y el presente de la injusticia en el estado. Y en todo ello, el Grupo de Trabajo sobre Reparaciones prosigue su labor, al igual que la Comisión de Justicia Racial y Sanación.

Como parte de nuestro compromiso con un discipulado más profundo, hemos estado trazando redes y visibilizando el buen trabajo que ya se realiza en toda la diócesis. A la vez, soñamos, planeamos y asentamos los cimientos para un futuro en el que el crecimiento de la iglesia surja y se nutra del crecimiento espiritual y de la fe de las personas.

Nuestra Canóniga Interina para el Discipulado, Heidi Kim, nos está involucrando, con sutileza y no tan sutilmente, en el mapeo de activos, a medida que los activos humanos que Dios ha puesto en esta diócesis en esta época son identificados a través de la conversación y la reflexión.

Durante nuestro tiempo juntos este fin de semana, quiero invitarnos a todos a conocer un poco más a nuestros vecinos, apreciando el don que cada uno de nosotros aporta a esta comunidad. Hemos creado una sencilla encuesta que les permitirá conocer los dones y pasiones para el ministerio de los demás en esta convención, y compartiremos lo que aprendamos a través de estas encuestas el sábado por la mañana. Al registrarse, recibieron información sobre la encuesta, y les pedimos que tengan tres conversaciones con personas con las que no tengan mucha relación, para escuchar sobre lo que aman, lo que se les da bien y aquello que llena sus corazones con el amor de Jesús.

Además, se están sembrando las semillas para volver a organizar retiros juveniles diocesanos para estudiantes de secundaria y bachillerato. Se está planeando un día de confraternidad para tercero, cuarto y quinto grado. Se ha planteado una visión para realizar una cumbre de discipulado y formación. Nuestro propio experto residente en Excel, el tesorero Ted Smith, ha creado para mí una hoja de cálculo que identifica las congregaciones que están teniendo éxito en el bautismo de adultos, quizás todos podamos aprender de ellos. Estamos trabajando para conectar los ministerios de la juventud, las escuelas de la Iglesia Episcopal, los ministerios universitarios y los campamentos Shrine Mont de una manera sostenible que beneficie a todas las partes.

Y, hablando de los campamentos de Shrine Mont, y de Shrine Mont en general, permítanme que dedique un momento a hablar de algunas de las cosas asombrosas que están ocurriendo en la montaña.

Los campamentos Shrine Mont han tenido varias sesiones de verano exitosas después de la pandemia, con un número de asistentes que se ha estabilizado y con gente que se ha transformado gracias a la experiencia que sólo este programa histórico puede ofrecer. James Williams nos ha prestado su servicio fielmente como Director durante los dos últimos veranos, y el proceso de búsqueda de su sucesor avanza a buen ritmo. Las fechas de las sesiones de este verano ya están publicadas en ShrineMontCamps.org, lo que da a todos la oportunidad de hacer planes para el próximo verano. Sé que tenemos mucho trabajo por hacer, y estoy entusiasmado y esperanzado con el futuro de los campamentos Shrine Mont.

Por supuesto, Shrine Mont es más que los programas de los campamentos. Es un hogar espiritual para muchos durante todo el año, y un lugar que ofrece programación, y relajación, y una conexión con Dios y la creación de una manera única e importante. Este próximo verano celebraremos el centenario de ese lugar sagrado. Podrán conocer más sobre los eventos programados visitando la Feria de Ministerios, pero ya les puedo adelantar algo: para la liturgia de celebración en el Santuario, el 6 de agosto, he logrado que un predicador itinerante recientemente retirado sea nuestro homilista. El ex Obispo Presidente Michael Curry ha aceptado mi invitación. Agenden ya la fecha.

Así que, como creo que pueden ver, la Diócesis de Virginia está bailando y cantando a través de los chorros de agua, incluso en este contexto de ansiedad y preocupación. Este es un buen lugar para estar, y me siento muy afortunado, y bendecido, de ser vuestro obispo.

Pero quiero volver por un momento a las Ocho Palabras que he mencionado antes, nuestro tema para esta Convención y para los próximos meses - Amar a Jesús. Encarnar la justicia. Ser discípulos. Quiero volver a estas palabras, porque si no son estas las cosas por las que estamos luchando, si no son estas las explosiones de alegría, esperanza y logros que estamos persiguiendo, soñando y por las que nos dejamos empapar en el camino, entonces no estamos cumpliendo con lo que Dios nos ha llamado a ser. Todos los logros y aspiraciones que acabo de mencionar, y muchos más que no he mencionado, se marchitarán y se desvanecerán en la historia sin dejar rastro si no nos dedicamos a la tarea de amar a Jesús, encarnar la justicia y ser discípulos.

Todo debe, por supuesto, comenzar, continuar y terminar en el amor a Jesús. En su amor por nosotros, y en nuestro amor por él. Este amor a Jesús es eterno. Como las mareas, la gravedad del amor divino tira y tira de nosotros, atrayéndonos cuando estamos distraídos, o ansiosos, o doloridos. Este amor es real. Este amor hace nuevas todas las cosas. Este amor ofrece esperanza.

Hace poco, otra querida amiga compartió conmigo un fragmento escrito por la poetisa Mary Oliver, titulado *Don't Hesitate*. Dice así:

*"Si de repente e inesperadamente sientes alegría, no lo dudes. Entrégate a ella. Hay muchas vidas y pueblos enteros destruidos o a punto de serlo. No somos sabios, ni muy a menudo bondadosos. Y hay muchas cosas que nunca podrán ser redimidas. Aún así, a la vida le queda alguna posibilidad. Quizá sea su forma de defenderse, de que a veces ocurra algo mejor que todas las riquezas o el poder del mundo. Podría ser cualquier cosa, pero es muy probable que lo notes en el instante en que comienza el amor. De todos modos, suele ser así. Sea lo que sea, no tengas miedo de su abundancia. La alegría no está hecha para ser una migaja".*

Así escribe Mary Oliver.

Esto es el amor de Jesús por nosotros. Comienza de nuevo cada momento, tan poderoso y lleno de promesas y alegría como el momento anterior. Y es el amor que estamos llamados a tener por Jesús. Este amor es posibilidad, redención y poder. Este amor es insaciable.

Y, al abrazar este amor interminable e insaciable, ese acto conduce naturalmente al deseo de amar a todos los que Jesús ama. Al hacerlo, encarnar la justicia se convierte en una segunda naturaleza. Encarnar la justicia implica que, al encontrarnos con alguien que tiene hambre, le damos de comer, y luego nos aseguramos de entender la causa de esa hambre para actuar en consecuencia y corregirla. Encarnar la justicia significa ayudar a curar a los enfermos y luchar por la atención sanitaria que necesitan para prevenir nuevas enfermedades. Se trata de viviendas al alcance de todos y salarios que no solo cubren lo necesario para sobrevivir, sino que permiten a las personas desarrollarse plenamente. Se trata de exigir un sistema educativo accesible para todos, que sea consciente de la diversidad cultural y que no se convierta en un instrumento político en manos de quienes promueven la supremacía de un grupo de personas sobre otro. Y significa reparar siglos de daños causados por la esclavitud hereditaria. Significa decir la verdad, asumir responsabilidades y aceptar el cambio.

Encarnar la justicia significa, menor dicho, es, amar a Jesús.

Lo que, por supuesto, nos lleva a las dos últimas de las Ocho Palabras: Ser discípulos.

En nuestra vida en común, si no somos discípulos, ¿para qué estamos aquí? Si no deseamos una relación profunda con el Hijo del Dios vivo, ¿qué estamos haciendo? Nuestra llamada es a acercarnos a Jesús, a caminar con el Espíritu Santo, a alabar al Padre que está en los cielos, y a ser mejores por ello. Y luego, es invitar a otros a unirse a la danza explosiva de los chorros de agua.

Prácticamente todo lo que hace la Iglesia es llevado a cabo por grupos no eclesiales, y a menudo lo hacen tan bien o mejor que nosotros. Y, sin embargo, lo único que hacemos que ellos no pueden hacer es crear una relación profunda y transformadora con el Dios creador.

Sí, debemos ofrecer proporcionar espacios seguros para la gente, pero esos espacios deben ser un lugar donde se enseñe el evangelio. Sí, necesitamos estar al servicio de quienes tienen necesidades que están más allá de ellos mismos, pero ese servicio debe hacerse con el amor de Jesús brillando en nuestros rostros. Sí, deseamos que quienes asistan a nuestros eventos en la iglesia se sientan acogidos, pero al estar allí, deben recibir el mensaje de la Buena Nueva de Jesucristo: crucificado y resucitado.

A riesgo de meter el dedo en la llaga, he estado reflexionando sobre una controversia que emerge de vez en cuando en la Iglesia Episcopal: la que algunos llaman la práctica de la “Comunión abierta”, es decir, invitar a los no bautizados a recibir la Eucaristía, a pesar de que nuestros cánones lo prohíben. Pero esto es lo que he estado pensando. Este no es el argumento que deberíamos estar discutiendo. Creo que ni siquiera debería ser un problema. Creo que nosotros – y me incluyo – deberíamos plantearnos por qué seguimos teniendo personas en nuestras congregaciones durante un tiempo considerable que no están bautizadas. ¿Por qué la gente no está viendo la alegría en nuestros rostros, escuchando la verdad de nuestras palabras, sintiendo la presencia de lo divino de nuestras acciones, viendo nuestro propio crecimiento en nuestra fe en Jesús, y luego, como el eunuco etíope hablando con Felipe en Hechos 8, ¿por qué no están exigiendo ser bautizados?



Las enseñanzas de Jesús, el modo de vida que Jesús ofrece, la frescura de la alegría que se desprende de ello, estas cosas no son migajas. Son “.. *la cosa con plumas que se posa en el alma y canta la melodía sin las palabras, y nunca se detiene – en absoluto*”.

Queridos amigos en Cristo: Amad a Jesús. Encarnar la justicia. Ser discípulos. El amor de Jesús es insaciable, y eso es un regalo que no requiere comprar una entrada. La encarnación de la justicia es una vida de amor a todos aquellos a quienes Jesús ama. Ser discípulos es bailar entre los chorros de agua con alegría y esperanza; un baile que nos empapa con un espíritu de querer más y más. Y, lo bonito es que Jesús nos da más y más, cada vez que tenemos sed de ello. Sin fin.

Mis queridos amigos en Cristo, “Venid y subamos al monte del SEÑOR, a la casa del Dios de Jacob, para que Él nos instruya en sus caminos, y nosotros andemos en sus sendas”.

Amar a Jesús. Encarnar la justicia. Ser discípulos. Porque somos la Diócesis de Virginia.

En el Nombre de Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo. Amen.

